

rista que conmocionó el país. Un relato acerca del rumor que puede ser decisivo, nos dice el antropólogo, en unos momentos concretos de nuestra reciente historia, en los muchos e-mails que circularon por Internet al respecto aquellos días y en las versiones orales que también Díaz Viana recogió directamente. El famoso mensaje del «pásalo», el ambiente de desconfianza en lo que contaban los medios o no conta-

DADSON, Trevor J. *Los moriscos de Villarrubia de los Ojos (siglos XV-XVIII). Historia de una minoría asimilada, expulsada y reintegrada*. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert, 2007, 1328 pp.

Es evidente que quienes puedan creer que todo ya se había dicho todo sobre el

tema se equivocan, y lo hacen de manera profunda. En la inevitable dialéctica que se teje entre opiniones distantes, se podrían acumular argumentos sesudos, pero pocos de tanto peso y tan materiales como el grueso volumen que el profesor Trevor J. Dadson ha publicado sobre los moriscos. La novedad, la riqueza de la documentación, el cuidadoso análisis de los datos, la minuciosa construcción de poderosas hipótesis, todo ello demuestra, con la contundencia que pueden dar más de mil trescientas páginas de apretada letra (y cuajadas de ideas coherentes), que, al menos en el tema de los moriscos, quedan *cosas* que decir, y también en los temas considerados importantes, pues la investigación no parece tener que reducirse a la exhumación de autores u obras menores o, más simplemente, desconocidos, por más que sea un trabajo también necesario y meritorio. Una documentación novedosa, adecuadamente tratada, puede dar mucho juego en los temas más aparentemente trillados.

Como el autor explicita, el volumen ofrece tres libros en uno, pues no sólo reconstruye la historia de los moriscos, sino que también traza la de Villarrubia de los Ojos (o de los Ajos), así como la de sus dos señores de mayor relieve, Diego de Silva y Mendoza y su hijo, Rodrigo de Silva y Sarmiento, quizá el más famoso duque de Híjar. Pero el signo del tres preside el volumen de otra manera mucho más obvia, pues en torno a tres ejes temporales se organiza el libro en las tres partes que siguen un sólido itinerario temporal en torno a la expulsión: el antes, la expulsión, y el después. Incluye, además de las presentaciones y epílogos y la bibliografía, unos riquísimos apéndices, también tripartitos. El esfuerzo para acercarse al núcleo del texto, la expulsión y retorno de los moriscos de Villarrubia, exige pues un trabajo más que sobresaliente de documentación y de entrelazado de distintos juncos. Y el resultado es fascinante, pues se trata, nada menos, de intentar «establecer el ver-

dadero alcance de esta desobediencia para dar una visión más objetiva y real de la expulsión que la que hasta ahora se nos ha venido dando» (p. 470).

Quizá es difícil resistirse, cuando se trata de los moriscos y se tiene una formación literaria, a comenzar con el recuerdo del conocido episodio del morisco Ricote, que Cervantes aborda en la segunda parte del *Quijote*. Es un paso obligado, por aparecer en la universal novela y por la complejidad del episodio mismo, lo que ilustra muy bien, tanto en la historia como en la historiografía, el apretado entramado de los hilos que tejen la expulsión. La detención en Ricote también le permite a Dadson señalar, desde muy pronto, que la situación de los moriscos en la península era muy variable, pues los problemas de esta suerte de comunidad no eran los mismos en Andalucía, Aragón, Valencia o en La Mancha, patria del morisco Ricote y de los habitantes de Villarrubia.

Igual que de manera inmediata se aprecia que el libro de Dadson es muy extenso, desde las primeras páginas también resulta evidente que es muy renovador. Así, frente a la fuerza de los hábitos históricos e historiográficos, que no suele centrarse ni en los moriscos que regresan a España después de la expulsión, ni en los moriscos castellanos —que convivían con los cristianos (p. 23)—, Dadson insiste en la necesidad de volver a las fuentes primarias: «nos ha sorprendido la cantidad de información sobre los moriscos antiguos de Castilla, mal o poco utilizada en el pasado» (p. 25), y remite al apéndice II, «con más de 160 documentos». El acopio y estudio de una documentación nueva en este tema (la de la casa de Híjar en el Archivo Provincial de Zaragoza), unido al fino conocimiento de la bibliografía sobre el tema, le permite al autor realizar una revisión de distintos aspectos de los usos históricos, y replantearse las fuentes efectivas del poder (y enfrentar al poder establecido los lazos de parentesco y el poder efectivo de las

grandes familias), o valorar las imposiciones de las grandes distancias en la España del siglo XVII, o la más apegada conexión con la realidad de cierta documentación (la de los hechos cotidianos frente a la que recoge las decisiones desde arriba o los procesos inquisitoriales). Sin embargo, el trabajo se acoge a una norma de prudencia, pues se trata de un estudio muy acotado a un ámbito geográfico, el de un pueblo que a pesar de su posible valor representativo (pues no es ni grande ni importante, p. 26) no debe suponerse sin más como un caso efectivo de esa hipotética representatividad: «¿Eran los moriscos de Villarrubia una excepción que confirma la regla, o reflejaban una realidad que se daba en bastantes pueblos y lugares de Castilla y Extremadura? Hasta que no se hagan historias semejantes de otros pueblos de la región, sólo podemos aventurar una hipótesis», aunque «nos parece totalmente improbable que la resistencia mostrada por Villarrubia y los éxitos cosechados fuesen únicos» (p. 35).

Es necesario partir del origen de lo que se suele llamar el «problema morisco» y remontarse a la creación de la encomienda y a la conversión general de 1502 como antecedentes, antes de que Villarrubia se convierta en «lugar de señorío» con la compra, en 1552, por el conde de Salinas: se trata de una elección «extraña» por la que se paga un precio «de los más altos», quizá para «vivir cerca de donde el Emperador solía tener su corte» (p. 92). Para determinar el valor del pueblo se dispone de una gran cantidad de datos, lo que facilita el cálculo del número de moriscos a mediados de la centuria, (entre un 40 y un 45 %, p. 106). El autor puntea con amabilidad los hitos del proceso que, junto a la conversión y la compra del conde, pasan por «la llegada masiva de moriscos granadinos al Campo de Calatrava a partir de noviembre y diciembre de 1570» (p. 135) y las consiguientes dificultades, pues «el problema de los granadinos no era sólo

religioso sino que era cultural, alimenticio, racial y lingüístico» (p. 158). Es una división fundamental la que separa a los dos grupos de moriscos: los que ya habitaban la región y los moriscos granadinos, pues éstos son los últimos en llegar, los menos asimilados en teoría y los primeros en salir de muchos lugares en la expulsión. Los matices son numerosos, como lo prueba el que para los moriscos antiguos «el problema lingüístico podría ser motivo de cierta gratificación ya que les daba la posibilidad de aprender por primera vez el árabe» (pp. 158-9). *Los moriscos de Villarrubia de los Ojos* está lleno de muy finos detalles, sobre curiosidades y problemas de la historia más menuda, con mucho interés, como el habla de los moriscos (pp. 261 y ss.): se puede suponer que «los moriscos de Villarrubia no se diferenciaban en su habla de los demás habitantes de la villa» (p. 264).

Entre las líneas maestras que cruzan el volumen está el cuidadoso dibujo de los problemas de una casa noble en los Siglos Oro, y de los entresijos de los nexos entre Salinas y Villarrubia, lo que incluye un estudio puntilloso de los impuestos, bienes, organización vecinal y de la «democracia local» (p. 223). Dadson dispone de una señalada ventaja, pues sus numerosos trabajos en los que hasta ahora había demostrado su carácter de buen conocedor de Salinas facilitan su «salto» a un tema no por conexo menos difícil.

En la segunda parte se desgrena el complejo proceso de la expulsión. En la reescritura de esta historia se utiliza un relato muy pormenorizado, con muchos actores, entre los que hay que destacar las dos cabezas visibles: el conde de Salazar (con su fervor por el cumplimiento de la ley) y el conde de Salinas (que defiende, interesadamente y desde las sombras, a la comunidad morisca). Pero Dadson es convenientemente cuidadoso y mantiene posturas muy matizadas, como en la valoración del conde de Salazar: «No hay duda

de que Salazar era un fanático que enfermaba con solo pensar que queda un morisco en España, pero al mismo tiempo era un fiel servidor y cumplidor de las órdenes recibidas de sus superiores» (p. 328). Del minucioso análisis de la documentación se desprenden comentarios muy finos con mucha frecuencia: «En realidad, hubo dos procesos paralelos en medio de los cuales se encontraban los moriscos: por un lado, el proceso de recabar información sobre la buena cristiandad de los moriscos (proceso llevado por la Iglesia y los concejos y que requería tiempo), y, por otro, el proceso de expulsión (llevado por Salazar y sus comisario y requería urgencia), y casi en ningún momento estos dos procesos prosiguieron el mismo camino» (p. 333; véase el balance de la expulsión a finales de 1610, pp. 339-40). La exposición necesita examinar grandes dosis de documentación (buena parte de ella recogida en los apéndices), pero, como en toda investigación, es preciso formular preguntas e hipótesis: «¿Es que los moriscos villarrubieros habían conseguido asimilarse tanto a la cultura dominante que ahora proporcionaban familiares a la Inquisición? Si así fuera, podía explicar muchas cosas que, de otra manera, parecen inexplicables» (p. 341). El flujo de los que vuelven debe compensar las cifras de los que salen en «una expulsión que se creía duraría unos meses» y «tardó más de cuatro largos años» (p. 347). El avance no siempre es rectilíneo, aunque la voluntad de los encargados trata de vencer todas las resistencias. Así, el 22 de marzo de 1611 parecen acabarse ciertas contemplaciones con la publicación del bando «sobre la expulsión de todos los moriscos de Castilla, La Mancha y Extremadura» (p. 350). Se estudian las licencias a los más viejos, a las mujeres que se casaban con cristianos viejos, a los enfermos, y en un alarde de valentía (con la que está cayendo) se indica también «la naturaleza sumamente injusta de los bandos de expulsión para con los moriscos

varones» (p. 395) o que en España se «estaba practicando la limpieza étnica *avant la lettre*» (*ibidem*). Las rarezas se anotan y pueden ser muy significativas: «El que la Inquisición no tuviera ningún papel en la expulsión de los moriscos es algo que no ha llamado la atención, al parecer, a los historiadores ni ha recibido el estudio que merece» (p. 407). La épica, como es sabido, es casi siempre fácil de encontrar, y en esta empresa, más que en los empeños del conde de Salazar y de sus colaboradores, hay que ver «una hazaña digna de elogio» en que hombres que no habían salido nunca de sus lugares supieran volver a su tierra desde el sur de Francia (pp. 419-20). Interesante es, sin duda, el papel que jugaron en este proceso de ida y vuelta las plazas españolas en el «norte de África—Ceuta, Tánger, Larache, Peñón de Vélez de la Gomera, Orán— como refugio, primero, de los ataques de sus supuestos correligionarios, y plataforma, segundo, para poder volver a su tierra» (p. 502).

En medio de todo el embrollo que supone una expulsión que dura varios años, que se desarrolla en varias etapas y que se ve contrarrestada por el grueso flujo de los expulsados que regresan, uno de los objetivos del libro es determinar el papel que jugó el conde de Salinas en el proceso de expulsión de los moriscos de Villarrubia, si lo facilitó, si acogió a los que volvían, si tenía interés o intereses en las distintas actitudes, positivas o negativas. Frente a la sensibilidad actual, Dadson propone que los motivos de Salinas, de «carácter irascible y altanero» (p. 458) y con buenas relaciones con los poderosos Medina Sidonia y el marqués de Villafranca (p. 479), eran prácticos y no sentimentales: «A él le interesaba preservar la hacienda de los moriscos en las manos de los que mejor podían aumentar sus rentas e ingresos: los propios moriscos; de ahí, su apoyo y decisión de oponerse a los bandos de expulsión en todo lo que podía. Como remate final, conocía demasiado bien los entresi-

jos del gobierno para fiarse de promesas hechas sobre asuntos de hacienda» (p. 349). Pero como Salinas está obligado a mantener un doble juego, el cumplimiento de las leyes y la defensa de sus propios intereses, interpretar sus actitudes, sus maniobras, su efectiva participación se torna un problema que la simple documentación no resuelve. Es preciso interpretar: «La actuación de Salinas en el asunto de la expulsión de los moriscos no es nada clara, sobre todo porque no siguió una línea firme e inalterable. Por supuesto que no iría en contra de las órdenes del Rey, pero sí había manera de interpretar los bandos a favor de los suyos, entonces habría que tratarlo, aunque sólo fuera para fastidiar a su contrincante el conde de Salazar» (p. 375), aunque, al mismo tiempo, «difícilmente puede haber una prueba más concluyente del papel ejercido en estos momentos por Diego de Silva y Mendoza en defensa de sus moriscos que el haber echado mano de su propio letrado para defender a estos dos moriscos» (p. 379). El conde compra todo lo que puede, «pues, aunque no le interesaba en absoluto la marcha de los moriscos de Villarrubia, menos le interesaba que se perdieran estas propiedades y su potencial económico» (p. 381). Si para poder manejar documentación el primer y perogrullesco paso es encontrarla, su hallazgo no es la última etapa, pues hay que saber leer los documentos y entender las ironías y sobreentendidos, o valorar, en el caso de Salinas, los borradores de cartas en el archivo de su casa y las tachaduras (pp. 383-4). Si las cifras y los cálculos son decisivos, no hay que olvidar otros factores no por más difusos menos influyentes: «El problema de Villarrubia y sus moriscos para el gobierno era que se convirtieron pronto en emblema para los demás moriscos del Campo de Calatrava» (p. 386), aunque sus resistencias y desafíos se explican mejor desde una posición distinta, la suya: «era el único lugar de señoría, y por tanto el único con capacidad de

enfrentarse a las órdenes reales y salir victorioso» (p. 387).

Dada la complejidad del proceso y lo detallado de la exposición, el libro se acompaña de breves resúmenes que permiten al lector navegar con pulso firme entre la riqueza de los datos. Así, sobre los de Villarrubia «sabemos que casi todos volvieron después de la primera expulsión de 1611, y que gran parte de los expulsados por el alcalde Madera en 1612 también volvió, pero de los expulsados por el conde de Salazar en junio de 1613 no sabemos nada: ni por qué frontera fueron echados, ni a qué país acudieron» (p. 527), y también hay que saber interpretar ese silencio (p. 528). El apasionante relato evita la socorrida técnica del claroscuro y aspira a pintar un fresco total, en el que se describe la saña de Salazar, sí, pero también las «demostraciones de humanidad entre los encargados de llevarla [la expulsión] a cabo» (p. 544). Todo el libro está atrevesado por una muy productiva perplejidad, que proviene de subrayar las paradojas y de señalar las situaciones grotescas que provoca la expulsión de una parte de la población mientras la vida diaria seguía, como las «discusiones legales sobre la hacienda unos moriscos que estaban allí como si nunca hubieran salido. ¿Qué pensaban ellos de estas sutilezas legales?» (p. 486), o que «la Real Chancillería hiciera caso a un morisco para investigar a un oficial real, que a su vez probablemente investigaba a los moriscos, entre ellos su propio acusador» (p. 498).

Otro de los núcleos del libro, junto a la colaboración de Salinas en el proceso de resistencia primero y de reintegración después, son las pruebas de que los moriscos regresan: «Aun si no tuviéramos la evidencia proporcionada por los oficiales de la expulsión de que los moriscos de Villarrubia habían vuelto una y otra vez a su villa, la evidencia de los registros parroquiales es contundente» (p. 571), de los bautismos y los matrimonios, o los «indicios

de que la vida normal había vuelto a la villa» (p. 489), como el dinero preciso para colocar un reloj en el Ayuntamiento, o que «gracias a la Inquisición nos han quedado casos reales de todo esto, ejemplos de los que volvieron» (p. 575). Pero no se trata sólo de documentar el regreso, sino de comprobar la reintegración de los moriscos en la comunidad de Villarrubia. El método es cuidadoso y pasa por casos concretos («El caso de Alonso de Cancerrada es como un barómetro de la situación en Villarrubia», p. 595), la valoración de la documentación ausente (no se conserva la documentación de ventas de bienes de moriscos en Villarrubia, «sólo nos queda la posibilidad de su destrucción para borrar toda prueba de los bienes de los moriscos, su venta y su dinero recaudado. Y esta destrucción favorecía tanto a Salinas [...] como a los moriscos», p. 614), y el estudio del destino de los bienes («resulta revelador que son los mismos moriscos quienes acaban con las posesiones de los que fueron expulsados. ¿Se hizo así a propósito para que los expulsados tuvieran la posibilidad, en un futuro más favorable, de volver a Villarrubia y recuperar sus bienes?», p. 618), aunque «lo más sorprendente, tal vez, de todo lo relacionado con la venta de los bienes de los moriscos expulsados» es «su posterior devolución, en algunos casos, a sus poseedores originales» (p. 620). Es más: al «examinar la tenencia de propiedades durante estos años y los siguientes» en algunos casos es posible «trazar una línea directa desde el primer propietario, mudéjar, hasta sus descendientes en el siglo XVIII» (pp. 637 y 639). La conclusión de Dadson no deja lugar a dudas: «La evidencia para la vuelta al Campo de Calatrava de muchos moriscos antiguos, aunque ésta fuese esporádica, gradual y sin coordinación, es, por tanto, incontestable» (p. 643), de modo que hacia 1621 o antes ya estaban «casi todos» de vuelta. En ese regreso contaron con dos puntales enormemente importantes: uno fue que la

«expulsión no tocara a los mayores, ni a los impedidos, ni a los clérigos» (p. 645), pero también lo es el grado de integración que testimonia la inevitable colaboración de los cristianos viejos y su apoyo a los moriscos (como la infructuosa búsqueda de moriscos por las autoridades estatales a finales de 1612: pp. 439-40).

Tras la expulsión y con el cambio de reinado, Dadson expone un panorama donde la convivencia entre los dos grupos es un hecho. A veces algunas pistas parecerían señalar a alguno de los apoyos de los moriscos (como que uno de ellos sea miembro de la Inquisición, pp. 672-3), y otras, las disputas de vecinos hacen aflorar lo que podrían considerarse viejos rencores (como el proceso por herejía y apostasía contra cinco moriscos, en 1628, pp. 674-90), aunque ni siquiera la Inquisición actúe con su tradicional fuerza contra las supuestas prácticas mahometanas. A partir de la documentación resulta difícil conocer cómo era «la vida privada de los moriscos villarrubieros», aunque sí hay «constancia cabal de su presencia [de los moriscos] en Villarrubia» (p. 714). Tras la muerte del conde de Salinas, su heredero estará desterrado en dos ocasiones en Villarrubia, la segunda durante varios y largos meses, en 1644-45. Es curioso que también haya un episodio de búsqueda de un tesoro, como en el *Quijote*, cuando en 1647 son apresados cinco moriscos que andaban removiendo tierra con ese fin (p. 750). Pero lo más destacado es que se sigue constatando la presencia de una «élite morisca de la villa» en la que se incluye a un maestro (p. 769). El autor extrae con mucha finura detalles relevantes, como el extraño caso de las hachas que no se consumen durante el funeral del duque y la conexión con una cofradía de cristianos nuevos a los que no les hubiera venido mal que ese consumo sin consumo se considerara un milagro (p. 777). La conclusión de este rastreo de dos siglos, y que se adentra en el s. XVIII, es que «indudablemente,

el ejemplo dado por los señores de Villarrubia [incluyendo a Jaime Fernández de Híjar, que hizo testamento en 1697] tuvo mucho que ver con esta tolerancia, creando en la villa un ambiente social positivo que aceptaba las diferencias en vez de rechazarlas» (pp. 780-1). Por eso, «al entrar el nuevo siglo XVIII, podemos decir que la asimilación de los moriscos de Villarrubia era completa» (p. 781); siguen poseyendo cañamares, ocupan cargos en la administración, etc. Es muy posible que más del 72% de los moriscos se quedaran, finalmente, en Villarrubia de los Ojos (p. 783).

Tras el torrente de documentación, la exposición de muchos y relevantes hechos así como del trazado de un discurso coherente en torno a la expulsión y sus consecuencias, el epílogo admite que la situación de Villarrubia tiene algo de excepcional, cuando se compara con la imagen de los moriscos castellanos: «Evidentemente, los moriscos de Villarrubia son la excepción a esta regla. Sus licenciados, bachilleres, presbíteros, escribanos, arrendadores y mayordomos de rentas, y otros, formaban lo más parecido al tipo de clase media que se va a encontrar en esta época en un ambiente rural y eran un grupo dirigente poderoso que ayudaría a los suyos a sobrevivir a los bandos de expulsión» (p. 788). Pero Villarrubia, al mismo tiempo, no es un caso único, como lo evidencia la situación paralela del Valle de Ricote, en Murcia, y un posible panorama de localidades y regiones que podemos sospechar muy distinto del que se ha dibujado tradicionalmente (véanse las pp. 792-4). Dadson establece que la mayoría de los moriscos expulsados en Villarrubia volvió, como lo prueban «el desarrollo humano (es decir, la demografía), la actividad económica y la persistencia de nombres y apellidos de los moriscos» (p. 790), y a partir de ese sólido escalón Dadson se eleva a un nivel más alto al interrogarse sobre las dos Españas, sobre la imagen global del proceso y el supuesto odio de los dos grupos, cuestio-

nes que precisan una profunda revisión, ya que «demasiados estudiosos de este episodio se han tragado la propaganda oficial del odio entre los dos grupos o del estereotipo del morisco poco o nada aculturado e inasimilable» (p. 795).

Un libro de estas características descansa sobre una enorme documentación que, en gran parte, era desconocida. Por eso, es imprescindible que el volumen vaya acompañado de un grueso apéndice documental, que se organiza, con mucho acierto, en tres partes que se corresponden con los tres momentos de la expulsión: el antes (con 16 piezas), la expulsión propiamente dicha (la parte del león: 166 documentos) y el después (con 13). Los casi doscientos documentos incluyen listas, gráficos, árboles genealógicos, cartas, bandos, pregones, relaciones, informes, procesos, pleitos, firmas, etc. Una documentación tan rica es el soporte del alto edificio que levanta Dadson y resulta particularmente útil para identificar los nombres de los moriscos, a lo largo de doscientos años: «Fundamental para este estudio de los moriscos de Villarrubia es, huelga decirlo, identificar a los moriscos de la villa» en un período largo de tiempo (p. 1280; véase el documento 13 del apéndice III). El libro dispone, además, de un extenso índice y de una nutrida cantidad y variedad de fuentes recogidas en la bibliografía.

Con *Los moriscos de Villarrubia de los Ojos* demuestra Dadson que se puede escribir un libro documentadísimo para ofrecer una visión muy distinta de la admitida y al mismo tiempo facilitar una lectura muy grata. El libro no sólo es una académica investigación sobre el pasado de un pueblo español, sino que también toca un tema muy actual, pues, como indica el autor, todavía hay descendientes de los moriscos de Villarrubia, lo que no impide que el libro le interese a una parte mucho más amplia de la población (véase el caso de Plasencia y las pruebas de que Villarrubia no es un caso único, p. 466). Re-

cientemente, al consultar un ejemplar del texto en la Biblioteca Nacional de Madrid, el funcionario que sirve los libros me comentó que sus padres eran de Villarrubia y que los habitantes del pueblo estaban comprando el libro con mucho interés. Quizá no todos y no siempre sepan o hayan sabido que es imposible entender el presente sin conocer el pasado, pero el magnífico libro de Dadson no sólo incide en esa vieja y verdadera máxima, pues demuestra también que el pasado puede tener más de una cara y que es conveniente intentar conocerlas todas.

J. IGNACIO DíEZ FERNÁNDEZ

TORRES COROMINAS, Eduardo. *Literatura y facciones cortesanas en la España del siglo XVI. Estudio y edición del Inventario de Antonio de Villegas*. Madrid: Polifemo, 2008. 760 + XVI pp. (ilustraciones en color).

No es habitual encontrar un libro que permita pasar de una situación de casi absoluta ignorancia a otra en la que brillan con fuerza datos bien documentados. Muchos estudiosos de la literatura española de los Siglos de Oro han frecuentado, en sus lecturas e investigaciones, el libro de Antonio de Villegas, el *Inventario*, un volumen misceláneo de prosa y poesía, y han sabido que nada se sabía de tan misterioso autor, nada más allá de los datos que aportaba el propio texto o que parecía aportar. Así, podía suponerse que Antonio de Villegas era algo más que «vecino» (tal y como declara el privilegio) de Medina del Campo, lugar de impresión del *Inventario*, y podía pensarse que Villegas era un escritor de origen converso, por esas melancolías que en nuestra historia literaria suelen identificarse con los cristianos nuevos. Junto a este par de suposiciones muy poco más podía añadirse a un libro un tan-

to misterioso, editado en dos ocasiones y que dejó de imprimirse en otra. El *Inventario* seguramente no habría superado esa penosa consideración de ser un texto para eruditos de no haber sido porque incluía la mejor versión del *Abencerraje*. Ese hecho dotaba a los misterios y velos de la obra de una nueva dimensión.

Hasta ahora no existía un estudio tan completo del *Inventario*, quizá por la falta de ediciones modernas. Desde su doble impresión en el siglo XVI (en 1565 y 1577) el texto sólo había sido recuperado, en plena posguerra, por la meritoria colección «Joyas bibliográficas», en una edición para bibliófilos que realizó Francisco López Estrada (1955-1956). El panorama ha cambiado y, guiado por Eduardo Torres Corominas, el lector dispone de una edición anotada del texto y de un extensísimo y jugoso prólogo que ocupa la mitad de un volumen de casi ochocientas páginas. Pero no se trata sólo de un detallado estudio de la prosa y poesía que juntó Villegas bajo un título tan revelador (y que permitiría entender que los poemas son todos de Villegas, p. 257), sino que el moderno editor ha desvelado la identidad del autor y ha reconstruido la trayectoria familiar a golpe de legajo.

Un trabajo de tal envergadura de inmediato nos revela su origen en una Tesis Doctoral, dirigida por Antonio Rey Hazas, de la Universidad Autónoma de Madrid, quien en un par de páginas liminares proporciona interesantes datos personales de Torres Corominas, como su procedencia de los estudios empresariales. Aunque en teoría una Tesis debe intentar colmar (con acierto, si es posible) una laguna, la de Antonio de Villegas se adivinaba como enorme. Torres Corominas dedica una veintena de páginas a explicar cómo construyó su particular hilo de Ariadna para llegar, con tanto éxito, hasta el corazón del minotauro y volver para contárnoslo («Historia de la investigación», pp. 15-33). Todo el que conozca el trabajo de archivo, con